

LXIX.

El mensajero entonces, enjugando  
Sus lágrimas, habló de esta manera:  
“En el Adria, conforme á vuestro mando,  
“Me embarqué, y llegué pronto á la ribera  
“De Salona: por Diocles preguntando,  
“A tres millas de allí se me dijera  
“Habitaba una quinta; de continuo,  
“Sin descansar, tomé de allí el camino.”

LXX.

“Llego; no encuentro guardia ni criado,  
“Penetrando en la huerta, en un bosquejo  
“Vi en rústicos afanes ocupado  
“Algun esclavo acá y allá: perplejo,  
“Dudaba si me habria equivocado,  
“Cuando cerca de mí parece un viejo,  
“La azada en una mano, el aire brusco:  
“Me llego á él, y dígole á quien busco.”

LXXI.

“Yo soy Diocles; (el viejo respondiera  
Siguiendo su labor) dí á lo que vienes.”  
Lleno de admiracion enmudeciera,  
“Pues bien, anadió luego, ¿acaso tienes  
“Semillas raras que comprar pudiera,  
“O por otras trocar? ¿Qué te detienes?  
“La carta puse entonces en sus manos,  
“Y los males pinté de los Romanos.”

LXXII.

Díjele cómo el fiel se le ofrecia  
Para darle de nuevo la corona.  
Dejando su labor, con ironía:  
“Ojalá, respondió, que la persona  
“Que con tales mensajes os envía,  
“Mirase estas legumbres que en Salona  
“Cultivo con mis manos: si las viese,  
“Semejante propuesta no me hiciese.”

LXXIII.

“Dejando su jardin Abdolomino, (8)  
“Subir al trono, dije, consintiera.”  
“Es verdad, replicó, mas el camino  
“Solo anduvo una vez: si él descendiera,  
“Mejor hallára su primer destino.  
“Mas yo soy viejo, añade, atiende, espera;  
“Mis yerbas faltan de agua, tú eres mozo,  
“Ayúdame á sacarla de este pozo.”

LXXIV.

“Dijo, tornó la espalda Diocleciano,  
“Y Diocles tomó la regadera.”  
El nuncio se calló. Cirilo: “O hermano!  
“Nueva mas grata darnos no pudiera:  
“Despues de vuestra marcha, el plan mundano  
“Que Eudoro meditaba, nos dijera:  
“Instruido mejor, ya ve en Galerio  
“El legítimo dueño del imperio.”

LXXV.

“Ah! sí, responde Eudoro, y de mi intento  
 “Justamente me veo castigado.”  
 Así el bravo animal que un corpulento  
 Javalí del Aquéloo ha lanzado,  
 Si, herido por el amo, en el momento  
 Se agita sobre el musgo ensangrentado,  
 Luego se llega á él, manso le mira,  
 La mano lame que le hirió, y espira.

LXXVI.

Mas antes que la tierra abandonára,  
 Tierna inquietud le agita. Sin embargo  
 Del fervor de su fé, la imagen cara  
 De su esposa le viene, y le hace un cargo.  
 ¿Qué suerte, se decia, la prepara  
 Mi amor! ¿Podrá sufrir el trance amargo?  
 ¿El decreto de muerte ha recibido?  
 ¿En manos de Hierócles ha caído?

LXXVII.

Ya en las garras del tigre la veia  
 Demandándole auxilio en tal premura;  
 Ya pensaba en la dicha que podria  
 Con esposa gozar tan bella y pura.  
 Mas una voz interna oír se hacia  
 De la conciencia: “Mártir! ¿á la altura  
 “De tu cargo conviene tal idea?  
 “La eternidad! el cielo! esto desea.”

LXXVIII.

Su conflicto perciben los ancianos,  
 Diestros en interior pugna del alma.  
 Tomándole Cirilo entrambas manos:  
 “Compañero, le dice, tened calma;  
 “Alegraos: del término cercanos,  
 “Prontos á recibir gloriosa palma,  
 “Conviene á nuestro pecho la alegría,  
 “Que sostiene el fervor y dá osadía.

LXXIX.

“Vednos todos aquí cual mies madura  
 “De la santa heredad. Cimodocea  
 “Podrá estar con nosotros como pura  
 “Flor que al trigo da aromas y recrea  
 “Con su vista y olor. Si por ventura  
 “Dios lo ha dispuesto así, bendito sea!  
 “Mas pidamos la deje en este suelo  
 “Porque sirva su vida de modelo.”

LXXX.

Quando en noche de estío abrasadora  
 Principia con el alba dulce viento,  
 El nauta cuyo buque se demora  
 En una mar igual sin movimiento,  
 Saluda alegre al hijo de la aurora  
 Que le abrevia el camino y le da aliento:  
 Así a Eudoro el discurso de Cirilo  
 Constuela, da vigor, pone tranquilo.

LXXXI.

Lejos, no obstante, está que de lo humano  
Enteramente á despojarse alcance.  
A intrépidos amigos de antemano  
Encargára salvar á todo trance  
Su esposa; mas su esfuerzo ha sido vano,  
Y el audaz Doroteo en doble lance  
Ensayára escalar en balde el muro  
Que guardaba á la Homérida en seguro.

LXXXII.

Mas feliz con el padre, habia logrado  
Sacarle del umbral donde yacia,  
Y llevarle á un asilo retirado.  
“Por qué, infeliz anciano, le decia,  
“Precipitas tu fin? Guarda el cuidado  
“Para la hija. Si el cielo te la envia,  
“Bien habrá menester de tu consuelo,  
“Pues de triste viudez llevará el velo.”

LXXXIII.

“Ay! ¿cómo quieres tú, el viejo clamaba,  
“Que mi hija de los hombres no requiera?  
“Al borde del sepulcro, á ella tornaba  
“Mis ojos tristes; última heredera  
“De Homero, con sus dones la colmaba  
“La musa con placer; de casa era  
“El gobierno; ninguno, ella presente,  
“Osára á mi vejez ser insolente.

LXXXIV.

“¿Dónde está la promesa que hacias,  
“Hija mia, que tanto me alegrára?  
“Si la Parca inflexible, me decias,  
“Te robase á mis brazos, yo quemára  
“En tu hoguera mis trenzas, y los dias  
“Pasaria en llorarte.”—Ay hija cara,  
“Yo seré el que te llore en tierra agena,  
“Do nadie cuide consolar mi pena!

LXXXV.

Como toro que arrancan en el prado  
De la becerra á númenes votada,  
Así fué el triste padre separado  
De la cárcel que encierra á su hija amada:  
Ya habia esta cristiana recobrado  
Su sentido, y mil veces angustiada  
El escrito leyó del Mártir santo,  
Y tantas la regó con tierno llanto.

LXXXVI.

“Caro esposo! esclamaba, verdadero  
“Dueño mio, tú vas á presentarte  
“Delante impió juez!.... cruel acero....  
“Y no estoy allí yo para curarte!...  
“¿Dónde estás, padre mio? Ven lijero  
“A llevarme á sus piés.... Caed, baluarte  
“De tiranía, al dueño de mi alma  
“Quiero unirme, morir, llevar su palma!”

LXXXVII.

En su cárcel la virgen así clama  
Mientras cerca el tumulto y alboroto  
La prision de San Pedro. Como brama  
La mar embravecida por el Noto,  
Desgájanse á torrentes, fiera llama  
Se estiende con fragor por vasto soto  
Cebada por el viento de sudeste,  
Tal estruendo se oia: el pueblo es este.

LXXXVIII.

Por uso antiguo en Roma, al condenado  
A las bestias la vispera se hacia  
Un público festin, *libre llamado*.  
¡Uso bárbaro! al reo se servia  
Cuanto hay de mas gustoso y delicado,  
O para hacerle ver lo que perdia,  
O el hombre en el placer considerando,  
Colmarle de él al menos espirando.

LXXXIX.

En el mismo portal era servido  
El convite. Curioso y cruel llena  
El pueblo las entradas, contenido  
En órden por la tropa. Con serena  
Magestad viene el Mártir al ruido  
De los pesados grillos y cadena;  
Aquellos que sus llagas impedian  
Caminar, sus hermanos los traian.

XC.

Eudoro así apoyado se arrastraba  
A hombros de dos Obispos; respetoso  
El Confesor sus mantos desplegab  
Debajo de sus piés; un clamoroso  
Grito de compasion, cuando asomaba  
Por la puerta, da el pueblo numeroso;  
Y el guerrero Romano, alto el escudo,  
Al general antiguo hace el saludo.

XCI.

Colócanse á la mesa: al centro viene  
Eudoro con Cirilo; en sus semblantes  
Se ve cuanto de ilustre el viejo tiene  
Y el jóven de lozano, semejantes  
A Jacob y José. Cirilo obtiene  
Repartir los manjares abundantes  
A los pobres, y un ágape divino  
Celebrar en su vez con pan y vino.

XCII.

La multitud de asombro poseida,  
Se callaba y oia atentamente  
Sus discursos. Cirilo: “Esta comida  
“Es, hermanos, llamada justamente  
“*Festín libre*: del lazo de esta vida  
“Sembrada de pesar, triste, doliente,  
“La muerte va á librarnos, y la puerta  
“Franquearnos de otra vida y gloria cierta.

XCHL

“Rogad, hermanos míos, entre tanto  
“Por este infeliz pueblo: hoy se le advierte  
“Sensible á nuestras penas y quebranto,  
“Mañana aplaudirá por nuestra muerte.  
“El es, á la verdad, digno de llanto.  
“Orad también al cielo por la suerte  
“Del Señor que nos dió la Providencia,  
“A quien todos debemos obediencia.”

XCIV.

Y los Santos al cielo alzan sus manos,  
Plegarias fervorosas dirigiendo  
Por Galerio y el pueblo. Los paganos,  
Hechos á ver los reos ya gimiendo  
En esta mesa fúnebre, ya insanos  
Entregándose al gozo con estruendo,  
Volver de su sorpresa no podían.  
Los mas sabios de entre ellos se decían:

XCv.

“¿Qué asamblea es aquesta de Catones  
“Que del hierro mirando ya los filos,  
“Muestran tal dignidad en sus acciones  
“Y tratan de la muerte así tranquilos!  
“¿Son estos los que fraguan rebeliones  
“Y profanan del templo los asilos?  
“¿No es cada uno un filósofo sublime?  
“¿La virtud en su frente el sello imprime!”

XCvI.

La plebe dice: “¿Quién es este anciano  
“De tanta autoridad, que habla doctrina  
“Tan dulce y tan humana? Ah! el cristiano  
“Suplica por aquél que le extermina;  
“Amá al pueblo, sus dñones con su mano  
“Distribuye á los pobres, ni se indigna  
“Contra tirano juez, aunque lo mande  
“Al suplicio: ¡su Dios debe ser grande!”

XCvII.

Los ojos á la luz muchos abriendo,  
Allí quedaban y la fé pedían.  
¿Admirable lección, cuadro estupendo  
El que á Roma estós Santos ofrecían!  
Víspera de un suplicio impío, horrendo,  
Sus coloquios no obstante proseguían,  
De amable caridad y de unción llenos,  
Como en días de paz, graves, serenos.

XCvIII.

Cuando la triste y mansa golondrina  
Nuestros climas helados abandona,  
A bandadas se junta en la colina,  
O torre solitaria; alegre entona  
El himno de la marcha, canta y trina;  
El cierzo se levanta, y jugueta  
Sus alas desplegando, en raudo vuelo  
Vá á buscar nuevo estío en nuevo suelo.

XCIX.

En medio de esta escena, atravesando  
Por la turba un esclavo, á Eudoro llega,  
Del juez Festo una carta presentando  
En sus manos. Lijero la despliega:  
“Hierócles á tu esposa está aguardando  
“En infame lugar; la ley la entrega.  
“Aun hay tiempo, á los Dioses sacrifica,  
“Mi sincera amistad te lo suplica.”

C.

Eudoro se desmaya; se apresura  
La guardia en su socorro, y se apodera  
De la earta; en voz alta su lectura  
Hace un tribuno; el pueblo se exaspera  
Con tanta indignidad, grita y murmura.  
Eudoro vuelve en sí; la guardia entera:  
“Compañero, inmolad! en voz clamára,  
“Las aguilas tened á falta de ara.”

CI.

Y una copa de vino le presenta  
Para inmolar. El Mártir es tentado.  
¡Cimódoce en el sitio de la afrenta!  
¡Cimódoce en los brazos del malvado!  
Levántasele el pecho, se revienta  
La llaga, corre sangre; lastimado  
El pueblo de rodillas se ponía:  
“Inmolad! inmolad! todo él decía.”

CII.

Sin poder dominar un movimiento  
Instantáneo, con voz que mal se oyera:  
“Las águilas!” clamára. De contento  
La tropa en sus broqueles golpes diera  
En señales de triunfo, y al momento  
Se apresuró á traerle la bandera.  
Eudoro entre centurios se levanta,  
Y al pié de las enseñas se adelanta.

CIII.

El silencio sucede en el instante,  
Entre toda la turba de paganos.  
Eudoro toma el cáliz vacilante;  
Vélanse la cabeza los cristianos;  
Lanzando un alarido penetrante;  
Cae el cáliz á Eudoro de las manos,  
Tira al suelo las águilas, y vuelto  
A los Santos: “Soy fiel!” grita resuelto.

